



San Benito propendía á fortificar las almas con la oracion, el trabajo y la soledad, más bien que á la ciencia divina y al apostolado, los papas encontraron en ella los misioneros más fervorosos, y la ciencia un asilo; de manera que correspondió á los benedictinos la triple gloria de convertir la Europa al cristianismo, cultivar sus desiertos y conservar y reanimar su literatura. Entre esos que se llaman ociosos perezosos, un monje proclamó el movimiento de la tierra; otro para medir las horas canónicas inventó el reloj; otro á fuerza de groseros experimentos descubrió la pólvora, y otros introdujeron los primeros molinos de viento. El abad de Nonantola enviaba cada año á las monjas de San Miguel Arcángel, en Florencia, doce criadas con lino y lana para que les enseñasen á tejer. Los humillados de Milan llegaron á ser la compañía más traficante en lana y paños. Los monjes de San Benito Polirone, junto á Mantua, ocupaban más de tres mil pares de bueyes en las labores de los campos. El pastor San Benezeto recibió en un éxtasis la orden de fabricar un puente en Aviñon: el obispo no lo quiso creer, pero él levantó por sí sólo una enorme piedra, y entonces se llevó á cabo la obra, y se instituyó una congregacion de hermanos pontífices. En otra ocasion, debiéndose concluir una muralla al rededor de una iglesia, para defenderla de las correrías, y hallándose los aldeanos abrumados de fatiga, se encontraron á la mañana siguiente con las piedras más gruesas trasladadas ya de gran distancia y colocadas en los cimientos.

Y las paredes de una iglesia ó las tapias de un monasterio eran la salvaguardia de los pueblos vecinos, así como sus dotaciones eran el pan de los pobres. Lo que el adeano daba al señor era un deber sin recompensa: el sueldo

ó la gavilla del grano que ofrecia espontáneamente al clero, se le restituía con usura, áun prescindiendo de las pequeñas atenciones, los consuelos del corazon, que no se pagan con ningun dinero. Mientras la guerra abrasaba los campos, y dos señores, uno peor que el otro, se disputaban sus tierras, ¿qué consuelo debian experimentar el aldeano y el caminante al observar la tranquilidad de los monasterios, y al pensar que allí encontraría sin falta un asilo, y la paz, que los guerreros no sabian asegurar á los castillos! Siempre estaba dispuesta una sopa para todo el que la pidiese, caridad cuya prudencia es incuestionable en un siglo de arrogancias y homicidios. ¿Cuántos de nuestros padres, despojados de toda riqueza, no habrán vivido más que del mendrugo concedido por el monasterio en nombre de Dios! Las declamaciones fáciles de una ciencia sin entrañas contra la avaricia de lo frailes y del clero, enmudecen ante los gemidos ó aullidos del pauperismo, siempre creciente en nuestra época, y áun más donde es menor el espíritu cristiano, y mayor la separacion entre la caridad y la política.

Lisonjeados por aquella seguridad, acudian artesanos y campesinos, y pronto se formaba al rededor del convento una aldea, que frecuentemente llegaba á ser ciudad. Allí se retiraban tambien los que se habian desengañado de las grandezas mundanas, ó que habian sido rechazados de ellas; viudas que habian perdido con sus maridos el brillo de su dignidad, esposas burladas ó rechazadas, mujeres de mala vida, que volvian á vivir honradamente, y doctos desengañados, y todos llevando el tributo de sus riquezas, de su doctrina, de sus afectos ó de sus virtudes.

## CAPÍTULO XXI

### Los papas.

Dirigia este gran movimiento Roma católica, no con la aparente y forzada unidad de la Roma pagana, sino con el influjo de la persuasion que penetra en las almas y somete las voluntades. Así como en nuestros dias hemos visto á los frailes de España y del Tirol conservar las relaciones é inteligencias entre los naturales rebeldes contra los invasores, del mismo modo el clero en aquel tiempo hacia de Roma el centro de los esfuerzos comunes: y Roma, con el arte que admirablemente posee de esperar, afirmaba aquel poder que protegió la libertad de Europa contra los bárbaros, la libertad del saber humano contra las adulaciones cortesanas y la arrogancia guerrera, la santidad del matrimonio contra los adulterios regios, y las constituciones de los reinos contra los usurpadores y los tiranos.

Á la muerte de Simplicio, no se halló vacante la sede más que seis dias, en los cuales Basilio, prefecto del Pretorio, á nombre de Odoacro, se presentó á la asamblea del clero y de los magistrados, diciendo: «¿Os acordais que nuestro bienaventurado papa Simplicio recomendó que para evitar tumultos no hicieseis eleccion sin nuestro parecer? Nos admira, pues, que se haya emprendido nada sin darnos cuenta. En seguida prohibió que los futuros obispos pudiesen enajenar cosa ninguna heredada de los ornamentos ó vasos sagrados de la Iglesia.

Recayó la eleccion en el romano Félix, el cual informó de su nombramiento al emperador, exhortándolo á perseverar en la verdadera fe. Quedan de él varias cartas, y una historia de los monofisitas, titulada: *Gesta de nomine Acacii, seu breviarum historia Eutychianorum*.

El africano Gelasio que le sucedió escribió himnos y prefacios, y tratados acerca de las cuestiones que se agitaban entonces, y uno contra el senador Andrómaco y otros romanos, los cuales querian restablecer las fiestas lupercales, bajo el pretexto de que se multiplicaban las enfermedades desde que no se aplacaba al dios Febrero. Caritativo, ajeno al fausto y á los placeres, estableció la ordenacion en las cuatro témporas: pero persiguió la memoria de Acacio de Constantinopla, ya muerto, hasta el punto de negar la comunión á los que se incomodaban porque se le habia condenado: rigor que produjo un cisma. Distinguió en un concilio los libros canónicos de los apócrifos, y definió como ecuménicos los cuatro concilios de Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia, y los escritores á quienes competía el título de Padres de la Iglesia.

El romano Anastasio ocupó la sede dos años, consolado por la conversion de Clodoveo. Aun cuando ninguna gran herejía agitaba por entonces la Iglesia, por los restos de las anteriores rechazaban algunos el concilio de Calcedonia, y provenian de esto cismas, especialmente en



la eleccion de los patriarcas de Constantino-  
pla. Pensó ponerles término el emperador Ze-  
non, publicando el *Enótico* ó edicto de union;  
profesion de fe con la cual ordenó que se con-  
formasen todos. Nada contenia en verdad que  
se opusiese á la creencia católica, pero no se  
mencionaba en él al concilio de Calcedonia,  
cuanto más que el emperador se arrogaba una  
autoridad incompetente, decidiendo respecto de  
las cosas divinas. Por tanto, lo que debía ser  
símbolo de union, fué gérmen de discordia,  
rechazándolo los papas y sosteniéndolo los em-  
peradores. Anastasio envió al senador Festo  
para aconsejar al emperador que reconociese  
el referido concilio: pero el mensajero, por el  
contrario, se propuso hacer de modo que el  
nuevo papa aceptase el *Enótico*. Á su regreso  
encontró elegido á Símaco, diácono de Cerde-  
ña, pero comprando otros votos, hizo ordenar  
otra vez á Lorenzo; y no conviniéndose los dos  
pretendientes, remitieron la decision de sus di-  
ferencias á manos de Teodorico. De esta suer-  
te un príncipe arriano se halló en el caso de  
decidir entre los jefes de los católicos. Teodo-  
rico resolvió la cuestion en favor de Símaco,  
el cual ocupó la cátedra de San Pedro durante  
quinze años.

Los descontentos no tardaron en acusarlo  
de infame ante Teodorico, y en llamar á Roma  
á Lorenzo; y al mismo tiempo Festo y Probino  
pidieron al rey que enviase á Roma un obispo  
visitador, como solia hacerse en sede vacante.  
Los católicos protestaron contra tal mision,  
inútil por haber un papa legítimo, y no bastó  
ni aun la presencia de Teodorico para apaci-  
guar la irritacion. Habiéndose reunido en con-  
cilio los obispos de Italia, Símaco fué acometi-  
do á pedradas cuando se trasladaba á él; y  
cundiendo el tumulto, hubo tal desórden en la  
ciudad, que hasta se violó la castidad de los  
monasterios. Al fin se declaró inocente á Símaco,  
que fué absuelto; pero ni por esto se resta-  
bleció la paz, porque Lorenzo, sostenido por  
Festo, retuvo á la fuerza la autoridad sobre las  
iglesias por espacio de cuatro años, hasta que  
Teodorico interpuso la suya. La acusacion que  
se dirigia contra Símaco era acaso de desho-  
nestidad, por lo cual, á fin de disipar hasta las

sospechas, determinó que todo obispo y sacer-  
dote tuviese siempre á su lado una persona de  
autoridad notoria (*sin cellos*), testigo de todos  
sus actos.

Tambien el emperador Anastasio turbó la  
Iglesia, siguiendo no á los eutiquianos propia-  
mente dichos, sino á los acéfalos, ó sea sin je-  
fes, que pretendian que todos tenian libertad  
para aceptar ó no el concilio de Calcedonia;  
pero Hormisdas, natural de la Campania, su-  
cesor de Símaco, tuvo la satisfaccion de ver al  
nuevo emperador Justino confesar aquel sínodo,  
condenar á los eutiquianos, y quitar todas las  
iglesias á los arrianos.

Como el genio sofístico de los griegos no  
podía descansar, principiaron á discutir si de-  
bería decirse que *uno*, ó bien que *una persona*  
de la Trinidad fué crucificada. Posteriormente,  
con motivo de aquel pasaje del Evangelio, que  
*Ninguno sabe la hora del juicio, ni aun el Hi-  
jo*, pusieron en cuestion si lo ignoraba Cristo  
como hombre; proviniendo de aquí la herejía  
de los agnoitas, y en seguida la de los tricoli-  
tas, la cual admitia en la Trinidad tres natu-  
ralezas particulares, además de la comun. In-  
útil sutileza acerca de misterios inconcebibles,  
que trastornaba hasta las ideas de moral, ha-  
ciendo llamar santos á algunos que no tenian  
más mérito que el de combatir ó sostener tal ó  
cual opinion.

El decreto contra los arrianos desagradó á  
Teodorico, rey de Italia, el cual mandó al nue-  
vo pontífice Juan I á Constantinopla para ob-  
tener en favor de aquéllos el libre ejercicio  
del culto, amenazando con que de lo contrario  
él no impediría á los católicos de Italia. El pa-  
pa no pudo ó no quiso lograr el objeto de su  
mision, y Teodorico lo hizo aprisionar, sospe-  
chando que fuese cómplice de las conjuracio-  
nes que se tramaban entonces para sublevar la  
Italia. Habiendo muerto de miseria, le sucedió  
Félix IV, cuyo reinado fué breve, y despues  
Bonifacio II, de estirpe goda, que condenó la  
memoria de su competidor Dioscoro, y pidió la  
facultad de designar su sucesor, de lo cual se  
arrepintió despues.

Habiéndose averiguado que en la eleccion  
de Juan II Mercurio se habian comprado los



votos, el emperador declaró nulo el contrato,  
obligando á restitution á todo el que aceptase  
algo por conferir un obispado; permitiendo,  
sin embargo, á los oficiales del palacio tomar  
hasta tres mil sueldos de oro cuando hubiese  
diferencia respecto de la eleccion del papa, dos  
mil cuando se tratase de los demas patriarcas,  
é igualmente que pudiesen distribuirse quin-  
ientos entre el pueblo para el nombramiento  
de los simples obispos.

Sucedió al anterior Agapito, uno de los pa-  
pas más gloriosos, el cual fundó en Roma una  
academia de bellas artes. Enviado por Teodato  
á Justiniano para proponerle la paz, volvió sin  
habersela logrado; pero habia podido derribar  
en Constantinopla á los herejes, y deponer de  
aquella silla á Antimo, que habia sido trasferi-  
do á ella desde otra con infraccion de los cán-  
ones. Justiniano quiso oponerse al principio,  
y le amenazó hasta con el destierro, pero Aga-  
pito le contestó: «Yo creia que hablaba con un  
emperador católico, pero veo que hablo con  
un Diocleciano,» y se mantuvo firme en sus  
pretensiones hasta que el emperador accedió á  
ellas. Irritada de esto Teodora, conspiró con  
Vigilio, diácono de la Iglesia romana, com-  
prometiéndose á obtenerle el pontificado, con  
tal que comulgase con los prelados de Constan-  
tinopla y de Antioquia, y con el monje Seve-  
ro, jefe de los acéfalos, y anulase el concilio  
de Calcedonia.

Volvió Vigilio á Roma, en donde, con la  
promesa de doscientas monedas, indujo á Be-  
lisario á que trabajase para derribar á Silverio,  
hijo del papa Hormisdas, que á la muerte de  
Agapito habia sido colocado en la sede por  
Teodato, y despues confirmado en ella por el  
asentimiento del clero. Se acusó al papa de in-  
trigar con Teodato para introducir á los godos  
en Roma; y Belisario, habiéndolo llamado á  
palacio, lo hizo despojar del traje pontificio, y  
lo envió desterrado á Patara en la Licia, man-  
dando en seguida que ocupase Vigilio la pri-  
mera dignidad. Tan desgraciada era la época,  
que ninguno se opuso, de suerte que Vigilio,  
habiendo llegado al término de su ambicion,  
aceptó á los tres disidentes. El obispo de Pata-  
ra tomó la defensa de Silverio, y se dirigió al

emperador, que se manifestó ignorante de lo  
ocurrido, y determinó que regresase á Roma,  
y que allí se le examinase acerca de las acusa-  
ciones que se le hacian; pero no obstante, Be-  
lisario, para quien eran leyes los deseos de  
Teodora, detuvo al pontífice en el camino, y lo  
relegó á la isla Palmaria, frente á Terracina,  
en donde murió de hambre ó asesinado, y la  
compasion que inspiraba aquel justo persegui-  
do pretendió ver afirmada su santidad con mu-  
chos milagros.

Vigilio fué confirmado entónces por el cle-  
ro en aquel primado, que indignamente habia  
invadido; opuso resistencia á los caprichos re-  
ligiosos de Teodora, y habiendo ido á Constan-  
tinopla, se mostró firme contra los disidentes,  
aun cuando fué arrastrado por las calles con  
una cuerda al cuello y arrojado en un calabo-  
zo, hasta que la muerte de Antimo quitó el pre-  
texto de aquellas discordias.

Sin embargo, una nueva, desgraciadamen-  
te famosa, con el nombre de los *tres capitulos*,  
fué producida no ya por ambiciones vivas, si-  
no por personajes muertos. Se habian propues-  
to tres capitulos al concilio de Calcedonia, pi-  
diendo que fuesen condenados la persona y los  
escritos de Teodoro de Mopsuesta, una carta  
de Iba, obispo de Edesa, en alabanza del mis-  
mo Teodoro y varios escritos de Teodoreto de  
Ciro. Teodoro habia sido el verdadero autor de  
la doctrina nestoriana; pero para no ofender á  
la escuela de Antioquia, que entónces prepon-  
deraba en Oriente, se habian tenido conside-  
raciones con la memoria de este maestro que  
era su favorito, y aun cuando aquella escuela  
habia caido, muchos nestorianos, á pesar de  
que desaprobaban á Nestorio, respetaban á Teo-  
doro como jefe. Teodoreto y la carta de Iba  
acusaban de herejía á San Cirilo; conculcaban  
la decision de Éfeso, y ponian en el cielo á  
Teodoro y Nestorio. Considerando los padres  
de Calcedonia que aquellos obispos se habian  
retractado y reprobado los errores de Nestorio  
y de Eutiquio, lo cual era objeto de aquel con-  
cilio, los absolviéron y los repusieron en el go-  
bierno de las iglesias que les habia sido quita-  
do por un conciliábulo. Á la sazón, el diácono  
Pelagio, nuncio en Constantinopla, de concier-  
65



to con el patriarca Menna, obtuvo de Justiniano que renovase algunos errores de Orígenes. Teodoro, obispo de Cesarea, acéfalo, por aversión á Pelagio, se empeñó en hacer que se revocase la sentencia, y persuadió al emperador que el medio seguro de restablecer el acuerdo entre los católicos y los acéfalos sería excomulgar á los antedichos Teodoro de Mopsuesta, Teodoreto é Iba.

Hacia mucho tiempo que habian ido todos tres á dar cuenta de sus pensamientos al único que puede estimarlos, y sin embargo, á pesar del sínodo de Calcedonia, los reprobó el emperador y los hizo condenar por un concilio congregado en Constantinopla. Los occidentales conocian poco el griego, y no habian leído á Teodoreto ni á Iba; pero sabian que en Calcedonia habian sido reconocidos como ortodoxos. Por tanto, Estéban, sucesor de Pelagio, viendo que con esto se debilitaba la autoridad del concilio ecuménico, se opuso: el papa Vigilio no sólo lo sostuvo, sino que habiendo llegado á Constantinopla para pedir auxilios contra Totila, que sitiaba á Roma, se separó de la comunión de aquellos que se habian adherido á los tres capítulos. Pero al cabo de poco tiempo se dejó inducir hasta el punto de condenarlos él mismo, salva la autoridad del concilio de Calcedonia, y con la condicion de que no volviese á discutirse este punto ni de palabra ni por escrito; término medio, que como suele suceder disgustó á entrambos partidos; á los enemigos de los capítulos por la reserva, y á los católicos por la condena; y todos los obispos de África, Iliria y Dalmacia se separaron del papa. Vigilio, hombre débil, se aterró del clamoreo que alzaban los católicos en todas partes, y revocó su sentencia; pero al mismo tiempo prometió á Justiniano hacer de manera que se les condenase segun los tres capítulos, con tal que este juramento se tuviese secreto, y que en tanto quedase suspendido el negocio hasta la reunion de un concilio general.

El emperador, sin embargo, volvió á publicar su constitucion, y el papa, no habiendo sido oido, se separó de los orientales, de suerte que fué tratado como prisionero, cuyo tratamiento sufrió animosamente, diciendo: *Me te-*

*neis en vuestro poder, pero no á San Pedro.* La persecucion llegó á tal extremo, que Vigilio tuvo que refugiarse bajo de un altar; habiendo penetrado allí el pretor para arrancarlo, salió el pueblo en su defensa, y pudo refugiarse en Santa Eufemia de Calcedonia, y no quiso volver hasta que Teodoreto y Menna declarasen que aceptaban los cuatro concilios y todas sus decisiones.

Entónces regresó Vigilio á Constantinopla, y no pudiendo obtener que se celebrase el concilio en Italia ó en Sicilia, con la intervencion de los obispos occidentales, lo vió abrir en Constantinopla (553) por los patriarcas y por ciento cuarenta y siete obispos de Oriente. El Papa condenó los errores que se encontraban en los escritos de aquellos tres, no herejes, sino exagerados defensores de la ortodoxia. En Italia los arzobispos de Aquilea, Milan y Rávena, con los arzobispos provinciales de la Istria, de la Venecia y de la Liguria, se pronunciaron contra el Papa; algunos obispos se limitaban á no adherirse á los Tres capítulos, acaso temerarios, pero no cismáticos, y tolerados; otros, por el contrario, declaraban al papa en error; y Paulino, patriarca de Aquilea, en un sínodo provincial (557) con sus obispos sufragáneos rechazó el concilio V, y no quiso ya comulgar con el Papa, introduciendo un cisma que duró hasta el año 693, en que, á instancia del pontífice Sergio, un nuevo sínodo de Aquilea aceptó aquel V concilio.

La cuestion relativa á la naturaleza divina habia absorbido la atencion de manera, que parecian olvidadas las origenísticas, tan debatidas en otro tiempo. Sobrevivian, sin embargo, y probablemente era su centro la Palestina, cuna del ascetismo, y en donde bajo los auspicios de San Sabas se habian retirado hasta mil ermitaños á las orillas del Jordan. Apenas hubo muerto éste (531), reaparecieron los errores de Orígenes; y la antigua censura de Teófilo, renovada por el metropolitano de Antioquia, no hizo más que aumentar su atrevimiento. Justiniano creyó reprimirlos con su edicto de 545, suscrito por los pontífices de Roma, de Constantinopla, de Alejandria, de Antioquia y de Jerusalem; pero progresaron los



origenistas de manera, que se comprendió ser necesario condenarlos formalmente. Por tanto, el V concilio ecuménico, reunido para un objeto muy diferente, pidió al emperador que se condenase la teología de Orígenes. En efecto, se reprobaron su sistema del universo, y la herejía relativa á la Encarnacion y á la preexistencia de las almas, ó sea la caída personal de cada hombre, la unidad primordial de las criaturas y del Criador, la reprobacion de la materia, la identidad de los ángeles, de los hombres y de los demonios, la naturaleza angélica de Cristo, la futura aniquilacion de los cuerpos, la unidad final ó la reabsorcion de las criaturas en Dios. Pero no se definió cuál fuese la ley del nacimiento y del desarrollo de las almas, cuál su cambio en el cielo, cuál el estado de los cuerpos despues de resucitados, y cuál la condicion de los condenados.

Aun á la misma condenacion de Orígenes se negó Vigilio al principio, y despues descendió con una vacilacion que escandaliza, al compararla con la firmeza que una serie de papas antecesores y sucesores suyos mostráran para sostener la verdad.

Á su muerte, que ocurrió en Siracusa, y cuando regresaba á Italia, se le dió por sucesor á Pelagio, más por voluntad del emperador que por la libre eleccion del clero y del pueblo. Muchos romanos rehusaron por tanto comulgar con él, y corrió la voz de que habia ayudado á envenenar á su antecesor, de que habia excitado contra él las persecuciones, cuando en realidad habia sido en ellas su compañero y apoyo, y de que habia prestado su asentimiento á los herejes, cuando por el contrario los habia combatido. Se propagó tanto este rumor, que sólo dos obispos asistieron á su consagracion; pero se justificó de la herejía con una extensa profesion de fe, y del delito con una procesion, despues de la cual, subiendo al púlpito de San Pedro con el Evangelio en la mano y la cruz en la otra, juró que era inocente, é invitó al clero á que lo ayudase á gobernar bien.

Pero el gobernar era difícil mientras subsistiese el cisma, y si Pelagio para cortarlo sostenia el concilio de Constantinopla, sus ene-

migos le acusaban de ofender al de Calcedonia. Escribia á los obispos de Toscana: «¿Cómo no creéis haberos apartado de la comunión general, si no recitais segun lo acostumbrado en los santos misterios mi nombre, pues aun cuando sea indigno, en mí subsiste ahora la firmeza de la santa fe con la sucesion del episcopado?» Y como los obispos en Francia creyesen tambien atacada la fe, Pelagio envió á Childeberto la profesion de la suya, «creyéndonos obligados, dice, para terminar los escándalos, á declarar nuestra fe á los reyes á quienes debemos respetar y estar sometidos como ordena la Escritura.»

Despues de su muerte principian á ser frecuentes las vacantes, para esperar la confirmacion del emperador, el cual se habia atribuido esta autoridad, y hasta disminuyen las noticias en medio del progresivo desórden. Juan III, que gobernó durante trece años, hizo terminar la iglesia de San Felipe y Santiago, con muchas historias pintadas y en mosaico. Sucedióle Benedicto I, y despues Pelagio II, el cual trabajó para cortar el cisma, y manifestó generosidad, ya reedificando á San Lorenzo, ya socorriendo á los muchos que huian de las espadas longobardas, ó que se veian acometidos de la peste.

En medio de la inquietud interior y de las amenazas exteriores, se habia afirmado aquella primacia que deducian los pontífices de la tradicion apostólica. Siendo arrianos la mayor parte de los conquistadores, y los emperadores de Oriente muchas veces herejes, los católicos de toda Europa miraban al papa como jefe y protector universal, é invocaban sus consejos para las almas, y su proteccion para las vidas. Siendo el más poderoso entre aquellos reyes el ostrogodo Teodorico, que era el que se hallaba más inmediato, se engrandecia en la opinion el pontífice, el cual se hacia á su lado intercesor de otros obispos y príncipes, y á nombre suyo trataba con los emperadores bizantinos.

Se aumentó esta autoridad con la coleccion de los cánones. Desde los primeros tiempos pudo hacer la Iglesia decretos para su régimen particular, los cuales se multiplicaron á medida que fueron aumentándose sus relaciones